

Reseñas

Horst Pietschmann (comp.), *Atlantic History. History of the Atlantic System 1580-1830*, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga, 2002, 556 pp., mapas.

La “historia atlántica”, la historia del sistema atlántico ha tenido un resurgimiento, tal y como nos muestra el reciente volumen, fruto de la colaboración de investigadores de distintos países, especialidades y orientaciones. Como resultado de los trabajos presentados en la escuela internacional de verano celebrada en Hamburgo en 1999, organizada por el Departamento de Historia de la Universidad de dicha ciudad, el lector encuentra en este libro la amplitud de temas, así como los retos teóricos y metodológicos a los que se enfrenta una subdisciplina histórica todavía en construcción —la historia del sistema atlántico/la historia atlántica—, a pesar de su lejano nacimiento en los años treinta del siglo XX, si atendemos a la tradición anglosajona centrada en la “historia de la expansión europea” o si nos referimos a la tradición historiográfica ibérica que hablaba del “descubrimiento y conquista”. De hecho, en opinión del compilador del volumen, la primera obra que enfrentó el reto de construir una historia atlántica coherente que abarcara economía, sociedad, política y cultura, y no sólo movimientos de barcos e intercambios comerciales entre Europa y América, ha-

bría de esperar a la década de los años sesenta. Concretamente nos referimos al texto del belga Charles Verlinden, *Los orígenes de la civilización atlántica. Del renacimiento a la edad de las luces*, publicado en 1966, en el cual el océano fue visto como “un teatro del desarrollo histórico” que generaba una herencia histórica común, incluso una “civilización” desde la baja edad media. No era difícil encontrar aquí la herencia del *Mediterráneo* de Braudel.

A pesar de que el texto no presenta una estructuración por temas, la casi treintena de colaboraciones incluidas en el volumen puede ser agrupada en diversos apartados, todos ellos referidos a la denominada “primera fase” del mencionado sistema atlántico, en tanto que la cronología de los trabajos publicados se encuentra entre ca. 1580 y ca. 1830, un periodo que abarcaría desde la etapa de formación del citado sistema, asociado a los fenómenos de conquista y colonización de espacios americanos y africanos por parte de los europeos (con sus precedentes bajomedievales), y que se alargaría hasta la caída de los imperios continentales en América y la formación de naciones en un arco cronológico que cubriría desde 1776 hasta la década de 1840.

La dimensión historiográfica de la historia del sistema atlántico es enfrentada por Horst Pietschmann en la introducción al volumen con un trabajo que, a la vez

que rastrea las diversas especialidades que formarían parte de este campo de investigación (historia de la expansión europea, historia del descubrimiento y conquista, historia marítima, historia de ultramar, etc.), muestra la genealogía del concepto en una amplia nómina de autores y trabajos que irían desde los textos de los años cincuenta del siglo XX de Max Silberschmidt, Jacques Godechot, Robert R. Palmer, Charles Boxer, John H. Parry, Pierre Chaunu y Frédéric Mauro, pasando por las aportaciones en los años setenta y ochenta de Ralf Davis, Peggy K. Liss, David Hancock, Jonathan I. Israel, David Birmingham e Immanuel M. Wallerstein, para llegar, en la década de los noventa, a los trabajos, entre otros, de Wolfgang Reinhard, Alan L. Karras y Ruggiero Romano. Desarrollando esta problemática se encuentra el trabajo de Nicholas Canny, el cual plantea las dificultades de caracterización, fuentes y metodología más adecuadas para afrontar el reto de realizar una historia atlántica que abarcase desde el descubrimiento hasta el siglo XVIII como un todo, sin reproducir la historia ya clásica de los distintos imperios coloniales.

A partir de aquí, las distintas aportaciones se pueden agrupar temáticamente. Así, en el gran campo de la historia cultural, la dimensión religiosa de la expansión atlántica se analiza en los trabajos de James Muldoon y Peer Schmidt, en los que encontramos desde la cuestión general de una "cristiandad" (en su acepción religiosa pero también política) trasplantada a América, hasta el papel de las minorías religiosas frente al Nuevo Mundo. El campo de las representaciones en el mundo atlántico es estudiado por Renate Pieper en su análisis de la cartografía europea del siglo XVI como indicador de

los cambios en la autopercepción de las elites políticas y los círculos científicos europeos, mientras que Ursula Appelt, en su trabajo sobre los textos y tratados de economía política inglesa del siglo XVIII, rastrea la dimensión etnográfica de dichas reflexiones, en la medida en que se enfrentaban al problema de la alteridad que surgía de la comparación cultural. Este apartado se complementa con el trabajo de Gesa Mackenthun sobre la literatura marítima americana, a caballo entre el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX (Melville, Cooper, Brown, etc.), en el cual se rastrea el peso de la memoria de un océano en el que la esclavitud y la libertad convivían. Cierra el bloque un texto de Hermann Wellenreuther sobre la cultura política atlántica inglesa desarrollada a ambos lados del océano, en especial durante el periodo anterior a la guerra de los Siete Años, la cual acabó generando dos visiones contrapuestas en una comunidad que compartía una misma cultura política.

El otro gran bloque del libro, de hecho el que ocupa la mayor parte, es el que hace referencia a la historia económica con sus ramificaciones sociales, en especial las referidas al fenómeno migratorio y a la trata de esclavos.

Como parte de la voluntad de discutir/asentar el campo de la historia atlántica como un todo coherente, encontramos el trabajo de Pieter Emmer, quien se plantea la tarea de determinar el mundo atlántico como un sistema, para lo cual enfrenta el análisis global de la economía atlántica entre los siglos XVI y XVIII con sus distintas variables (especialmente comercio y migración), llegando a cuestionar la propia existencia de tal sistema en el ámbito económico, más allá del cinturón de la

agricultura de plantación y de ciertos núcleos mineros, un análisis que lleva al autor a considerar que el sistema atlántico se correspondería más con la mezcla y la transferencia de valores y culturas que con cuestiones de transferencia de capital y trabajo.

A partir de aquí aparecen dos apartados dentro de la historia económica y social atlántica. Por una parte, el fenómeno del comercio de esclavos, el cual es desarrollado en su faceta de revisión historiográfica por Herbert Klein y Andreas Eckert, mientras que Leonhard Harding y Robin Law proceden al análisis histórico de dicho comercio desde una perspectiva “africana”, lo cual hace aparecer en el volumen el denominado “Atlántico negro”, en palabras de Paul Gilroy. La contraparte europea de dicho comercio es estudiada por Kenneth Morgan en la medida en que atiende al impacto de la esclavitud y el comercio atlántico en la economía británica del siglo XVIII. El otro apartado es el del comercio atlántico del imperio español, el cual es analizado en tres aspectos básicos. En primer lugar, el decurso de la flota colonial española en la época moderna es presentado por Marina Alfonso Mola; en segundo lugar, Carlos Martínez Shaw muestra la evolución del comercio imperial bajo la égida del reformismo borbónico, mientras que Manuel Bustos Rodríguez expone el papel desempeñado por el modelo monopolístico comercial del puerto de Cádiz en la economía atlántica en un amplio arco temporal que abarca desde mediados del siglo XVII, momento anterior a la asunción de dicha función, hasta la década de los años treinta del siglo XIX, es decir, hasta la finalización de dicho modelo tras la independencia de la mayoría de los territorios hispanoamericanos.

Otros trabajos del volumen centrados en la historia económica atienden diversos aspectos de la economía atlántica. El texto de Claudia Schnurmann presenta la generación de identidades regionales atlánticas en relación con el comercio oceánico. Alberto Vieira muestra el papel central, tanto en lo económico como en lo cultural y lo geoestratégico, desempeñado por las islas en el denominado sistema atlántico, mientras que Olivier Pétré-Grenouilleau y Christian Pfister-Langanay tratan la posición tomada por el comercio francés en el sistema atlántico a partir de dos fenómenos. En el primer caso se muestra la conflictiva relación entre el Estado y los comerciantes marítimos franceses, mientras que en el segundo se procede a un análisis cuantitativo del comercio atlántico realizado a partir del puerto de Dunquerque durante las últimas décadas del siglo XVIII, gracias a las fuentes publicadas por Pierre Chaunu. Otros trabajos de historia económica del volumen atienden al problema de la constitución de un sistema de pagos en el área del Atlántico norte (Gran Bretaña, las Trece Colonias/EUA y la zona del Caribe) en el periodo que va del siglo XVII a los años cuarenta del siglo XIX, tal es el caso de Markus Denzel, a la vez que Eugenio Piñero estudia el impacto de la producción del cacao en la Venezuela colonial a mediados del siglo XVIII.

El problema de las migraciones en el sistema atlántico a lo largo de la época moderna es presentado por dos autores. William O'Reilly combina la problemática de la migración y el ordenamiento jurídico en unos imperios (caso del inglés, el francés o el español) que, en principio, dificultaban la llegada de viajeros de territorios ajenos a la metrópoli o de otras par-

tes de los respectivos imperios. Otra faceta del fenómeno migratorio es estudiada por Christine Hucho al tratar el reforzamiento de las normas del género mediante el análisis de los matrimonios de los inmigrantes, el caso de los germano hablantes en Pensilvania durante el siglo XVIII.

Tres trabajos más del extenso volumen atienden a problemas más directamente relacionados con la historia política de finales del siglo XVIII y el primer tercio del XIX. El de Nikolaus Böttcher presenta la relación intercolonial de Cuba y las Trece Colonias británicas en el momento en que éstas procedían a realizar su guerra de independencia, y el de Anna Agnarsdottir muestra la voluntad expansionista desarrollada por Gran Bretaña en relación con Islandia en la coyuntura de las guerras napoleónicas. Desde la perspectiva hispanoamericana, el texto de Josefina Zoraida Vázquez analiza cómo con los procesos de independencia de las antiguas colonias españolas, concretamente de Nueva España, y merced a los ataques sufridos por la naciente nación por parte de potencias extranjeras (España, Francia o Estados Unidos), se fue forjando un temprano nacionalismo en relación con movimientos semejantes acaecidos más tardíamente en la propia Europa.

El volumen se cierra con un trabajo que retoma la cuestión esencial planteada por el compilador en el texto introductorio, al preguntar si se puede considerar al espacio atlántico de la época moderna como una entidad capaz de ser aprehendida y analizada de forma coherente o, en palabras de Hans-Jürgen Puhle, autor del texto, en realidad habría que hablar de distintos mundos con sus propias lógicas, algo que, concluye, cabría desechar merced al estudio que articula con base en el

concepto “modernización occidental”, el cual, como marco de análisis, permitiría englobar la gran diversidad de espacios, fenómenos y peculiaridades desarrollados a ambos lados del Atlántico.

Tal y como se puede ver, el volumen presenta una riqueza y una diversidad de enfoques y metodologías que permiten al lector una actualización en el conocimiento de la denominada “historia atlántica” o “historia del sistema atlántico”. Únicamente es de lamentar la ausencia de la historiografía africana y la muy escasa participación de historiadores latinoamericanos, lo cual es un síntoma de dos factores. Por una parte, el desigual desarrollo de las distintas historiografías y, por otra, las distintas agendas de investigación planteadas a ambos lados del espacio atlántico.

Ernest Sánchez Santiró
INSTITUTO MORA

Inmaculada Rodríguez Moya, *La mirada del virrey. Iconografía del poder en la Nueva España*, Universitat Jaume I, España, 2003, 229 pp. (Colección América).

La concepción cristocéntrica de la monarquía como vicaria establecida por Dios en la tierra para el gobierno temporal de las almas, es clave para entender que, a imagen de Cristo, el rey poseía dos cuerpos. Uno, el físico, sometido a las flaquezas y debilidades consustanciales del ser humano, y el otro de naturaleza política, el que nunca muere, el que está destinado a la continuidad histórica sin interrupciones, mediante la efigie de madera o de cera que lo representa y lo hace visi-